

El Mundial de Fútbol de 1978 quedará en la historia como el momento de mayor popularidad de la dictadura. Este libro pretende una aproximación al tema de la responsabilidad colectiva de los civiles durante los años de plomo, sangre sin dejar de recorrer los principales hechos de un evento deportivo que alguna vez, enorgullecó a los argentinos.

La vergüenza de todos intercala llevamos del ambiente del fútbol al ambiente reflexivo. Sin interpretaciones retóricas y lejos de sumarse a los mitos "heroicos" que levantó el periodismo progresista, en sus páginas se repasan las conjeturas de una sociedad que antes, durante y después del Mundial permitió que por medio del fútbol se ajustara aún más la venda negadora de la realidad. Se trata de historia pura, aunque muchos de sus episodios quieran ser enterrados por la memoria colectiva. Y si bien hay historias nunca contadas de la Copa del Mundo, que nadie espere la reveladora confesión de un escándalo. Durante el Mundial 78 pasó de todo: muerte, tortura, desaparición, doping, derecho, corrupción, miedo, obsecuencia, mentiras. Aquí está una vergüenza.

Pablo Llonto (San Martín, 12 de abril de 1960) es periodista y abogado. Desde octubre de 1978 trabajó como redactor de las secciones Deportes y Política del diario Clarín. A partir de 1984 fue delegado general de los trabajadores de prensa de ese matutino hasta que la empresa le impidió el ingreso en 1991. Como periodista trabajó en las revistas Noticias, El Gráfico, Somos, en los diarios El Impreso y La Razón, en las revistas Libertad y La Hoja, en los canales de televisión WCC, y en 7. Actualmente escribe para las revistas Gatopardo y Ventrílocos. Como abogado, en los 90, fue integrante de los equipos voluntarios del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y representa a familiares de compañeros desaparecidos y asesinados. Es autor del libro "La Noble Ernestina", investigación sobre la historia del diario Clarín y el pasado oculto, su dueña.

Pablo Llonto

VERGÜENZA DE TODOS

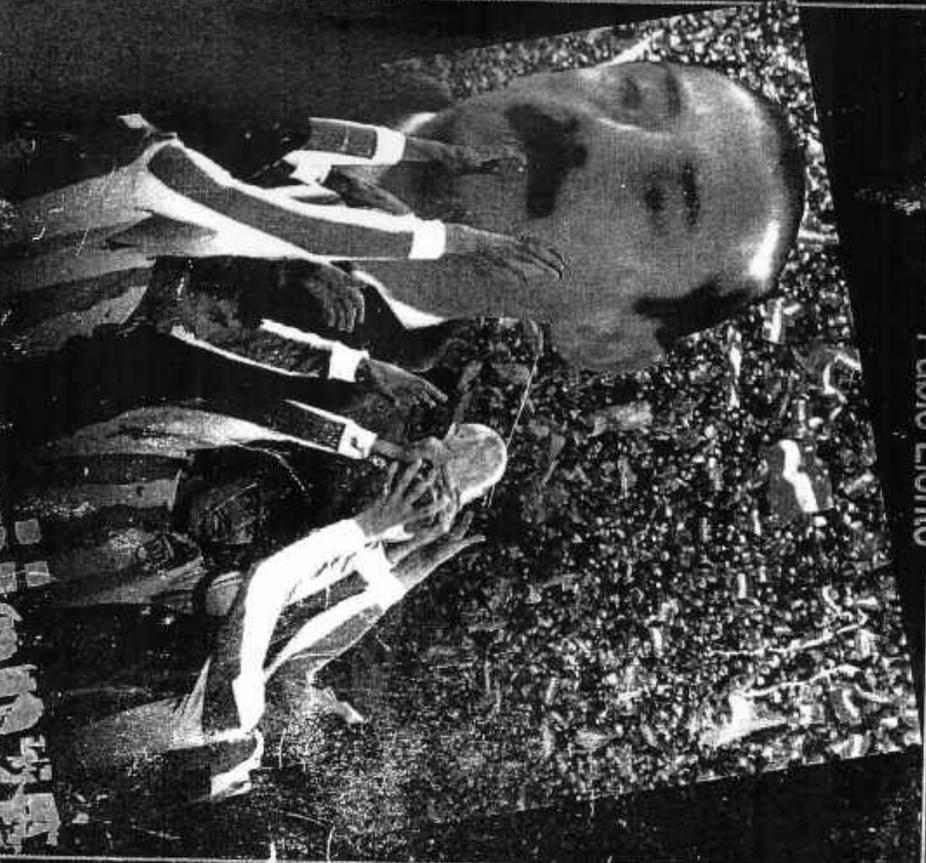
796(82)

Llonto

11999

(El dedo en la llaga del Mundial 78)

LA VERGÜENZA DE TODOS

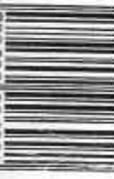


Pablo Llonto



Ediciones Madres de Plaza de Mayo

ISBN 950-99969-9-8



9 789509 999691



Ediciones Madres de Plaza de Mayo



## Puntapié inicial



A pocos días del inicio de la Copa del Mundo, el dictador Videla recibe al equipo argentino en la Casa Rosada y lo arenga: "quiero exhortarlos a que se sientan y sean ganadores!". (Así lo reflejó Página 12 el 23-3-96).

*Como vas a saber lo que es la vida,  
hijo mío, si nunca, jamás,  
jugaste a la pelota".*

Del poema "Nunca Jamás"  
del relator deportivo Walter Saavedra.

El abrazo de Enrique Omar Sívori no le servía de nada. Maradona se había prestado a un reportaje consuelo junto a la ex estrella de la Juventus, a propuesta de la revista *El Gráfico*, nada más que para calmar la insistencia de su representante. Sabía que todo era parte de lo que Carrascosa siempre le había dicho: el fútbol y su circo. "¡Qué ejemplo ese Carrascosa!", se repetía a cada rato. Los jugadores de Huracán le habían contado que cuando era capitán de la selección y se entrenaba con ellos en Parque Patricios, Carrascosa, con toda humildad, le pedía a algún compañero que lo acercara a la estación Constitución donde se tomaba el tren hasta Adrogué. Sostenía que las concentraciones no tenían sentido, pero no se animaba a decirle a Menotti que se dejara de joder con eso de tener a la selección encerrada por cuatro meses para jugar un Mundial y ponía unas imborrables caras de fastidio cuando era el turno de oír las charlas técnicas de Vicente Cayetano Rodríguez, un técnico de la línea de Menotti que dirigió alguna vez a Huracán. "Verso, todo verso", les decía Carrascosa a sus compañeros.

Sivori, otro jugador que en la década del 50 había deslumbrado a los argentinos con apenas diecisiete años, le había dicho a Maradona que "el fútbol siempre da revanchas". Pero en aquel momento, ni el mejor de los especialistas en levantar depresiones podía darle una mano. Lo único que quería, porque aún era creyente, era que el diablo se llevara a Menotti. Hasta aquel momento lo había llamado "señor Menotti", pero desde su exclusión lo degradaría simplemente a su apellido. De a ratos hasta pensaba que no era mala idea la de José Trota, el ayudante de su primer entrenador Francis Cornejo, quien llegó a hablar de "ir a cagarlo a trompadas a Menotti" por todo el sufrimiento que le había causado. El intento de Trota estuvo a punto de concretarse la tarde del jueves 18 de mayo, cuando un grupo de Los Cebollitas, el equipo infantil en el que Pelusa había deslumbrado entre 1971 y 1975, fue a visitarlo a la concentración de José C. Paz. Trota y Cornejo habían alquilado un colectivo para trasladar a los adolescentes ex compañeros de Diego y darle un estímulo horas antes de que Menotti anunciara la lista de los que quedarían dentro del plantel. Cuando llegaron a la Fundación Salvatori, Maradona salió a saludarlos al lado del portón de entrada porque Menotti les negaba el ingreso a quienes no eran familiares directos de los jugadores. Todos se sorprendieron al verlo llorar y pensar que estaba emocionado por el reencuentro, pero en realidad estaba destruido porque presentía que lo iban a excluir y porque Menotti le había pegado algunos gritos. " Me trata mal. Me grita. Dice que quién carajo me creó. Yo no lo entiendo, cumpla todo lo que me dice y me sigue gritando", le contó entre hipos y lágrimas a Cornejo y Trota. Enseguida Trota se descontroló y, pese a que la entrada estaba custodiada por algunos soldados con el fusil FAL cruzado sobre el pecho, intentó ingresar, pero Cornejo lo detuvo agarrándolo de un brazo. Maradona

quería subirse al colectivo para irse con Los Cebollitas pero después de unas palmadas en la espalda y algunos consejos de los viejos amigos, decidió volver a la concentración y esperar que nada de lo que se decía era cierto.

Maradona siempre había asegurado que Menotti no lo traicionaría y con esa convicción le había escapado al comentario fácil de las traspuestas en alguna concentración, cuando el grupo de jugadores que no simpatizaba con el entrenador hablaba pestes de Salvador Salvatierra, el suegro de Menotti, a quien los futbolistas rosarinos llamaban el usurero porque era dueño de una financiera que nunca se movía por la pobreza. Salvatierra tenía mucho dinero y siempre andaba acompañado por Alberto Natale, abogado y figura del partido Demócrata Progresista, y que años después asumiría como intendente de la dictadura en Rosario. A Maradona no le gustaba que hablaran mal de alguien por culpa de la familia que tenía y valoraba de Menotti la innumerable cantidad de consejos que le había dado desde 1977 en adelante, cuando lo incorporó a la selección mayor.

Pero el Mundial estaba a punto de empezar y Menotti lo había dejado afuera. Debía decidir qué hacer durante el mes que alguna vez soñó sería el más importante de su vida. Unos pocos familiares trataron de convencerlo para que viajara a Corrientes, la tierra del padre. Otros le sugirieron el encierro en casa para no amargarse en las canchas. Al final eligió levantar la cabeza y seguir el Mundial como un hincha más, pese a Menotti. Por sugerencia de Cyterszpiler fue hasta la sucursal del correo en el barrio y mandó un telegrama a la concentración argentina deseándole suerte a sus ex compañeros y al cuerpo técnico: "Éxito Argentina. Por calidad humana, por capaces triunfarán. Avanti." Al salir, le prometió al Ruso que pensaría una vez más su consejo de ir a la cancha pero

que, por el momento, vería por televisión todos los partidos y seguiría con atención a cada una de las figuras internacionales de las otras selecciones para comprobar si sus piernas tenían algo más para aprender.

La sensación de que el seleccionado argentino podía levantar por primera vez en su historia la Copa del Mundo no estuvo tan clara desde un comienzo. Ni algunos de los buenos momentos futbolísticos del equipo de Menotti ni la condición de local alcanzaban para transmitir una confianza ciega.

En el sorteo del 14 de enero de 1978 la suerte no había colocado en buena posición al seleccionado que ya capitaneaba Daniel Passarella. Los malpensados de siempre especularon entonces con que la dictadura movería sus hilos para que la Argentina fuese favorecida a la hora de formarse los grupos. Los dirigentes latinoamericanos no estaban muy bien vistos en materia de honestidad y la elección del nieto de cuatro años de Joao Havelange como encargado de sacar las boillias sembraba dudas. Ya en 1975, el peruano Teófilo Salinas, presidente de la Confederación Sudamericana de Fútbol, había elegido a su nieta para sacar la boquilla ganadora del sorteo entre Perú y Colombia que determinaría cuál de los dos equipos pasaría a la final de la Copa América ya que ambos estaban igualados en puntos y diferencia de goles. Los propios peruanos comentaban por lo bajo que Salinas había puesto una boquilla helada con el nombre de Perú y luego le había dado instrucciones a su nieta para que retirara de la urna la que sintiera más fría.

Cuando el niño Ricardo Teixeira Havelange tomó las boillias del grupo uno que encabezaría la Argentina, el rostro de Menotti dejó la permanente sonrisa de compromiso y se pareció más al de un moñe de la Edad Media. A su equipo le había tocado la zona más

difícil. Debut ante Hungría el 2 de junio, cuatro días más tarde frente a la temible Francia y el cierre contra la dura Italia, el 10 de junio. Ahora sólo queda esperar que la suerte que no tuvimos hoy nos acompañe en la cancha", fueron las primeras declaraciones del entrenador.

Unas semanas después, Menotti escucharía, junto a su cuerpo técnico y jugadores, un discurso de Videla en la Casa de Gobierno que le dejaría en claro el tamaño de la responsabilidad que tenían: "Señores -arrancó el general con voz alta y firme-. Así como el comandante arenga a su tropa antes del combate, así como el presidente saluda y despide a sus embajadores antes que estos salgan a cumplir con su gestión, así he querido hoy, frente a ustedes, y a través de esta visita, exhortarlos a que se sientan y sean realmente ganadores". En el salón Blanco de la Rosada, veintidós hombres trajeados le dieron la mano a Videla y agradecieron las palabras del "señor presidente". Tan sólo faltaban horas para que empezara el Mundial. Nadie quería oír las voces que venían de afuera.

Se acercaba el jueves 1 de junio y los pibes de los colegios clamaban a sus profesores por no ir a clases ese día para así poder ver la fiesta de inauguración. Pero los militares se les adelantaron y decretaron asueto desde el mediodía. El clima de protesta social que veían los ojos montoneros no era más que un minúsculo reclamo del Sindicato de taxistas que le pedía aumento a la Federación de Propietarios de Taxis. La cadena era inevitable. Luego los propietarios le debían reclamar un aumento de tarifas al intendente Cacciatore antes de que empezara el Mundial y así sindicalistas, patrones y militares no entorpecían la lógica de un camino que, después de atravesar todos los escritorios, terminaba en la misma

historia: índices de inflación de diez por ciento mensual que volvían a dejar en el piso el reclamo inicial de los empleados. El gremio de los taxistas no era muy combativo. Sin movilizaciones, ni huelgas, ni siquiera carteles, pasaban los meses con la misma rutina de reclamos que aburrían a Roberto García, el secretario general del sindicato. García, además, se paseaba sonriente por los despachos de varios generales amigos, entre ellos Horacio Liendo, el ministro de Trabajo de la dictadura, en compañía de otros sindicalistas peronistas como el papelero Fernando Donatres, el metalúrgico Luis Guerrero, el plástico Jorge Traca, el tabacalero Roberto Digón o el textil Delfor Giménez. Con ellos viajaba a los congresos de la Organización Internacional del Trabajo en Suiza, en el mismo avión que usaban los funcionarios de la dictadura, mientras centenares de sindicalistas permanecían en las cárceles, sin jueces que preguntaran por ellos, ni periodismo que se interesara por su suerte. La conservadora sociedad argentina de entonces exhibía lo peor de sus sentimientos nacionalistas. Las campañas publicitarias apelaban a un lenguaje fascistoide y conseguían, sin problemas, que gran parte del pueblo actuara como rebaño. Los slogans de una docena de avisos publicitarios que se exhibían hasta el cansancio en todos los canales hacían hincapié en la imagen a brindar a los extranjeros. El objetivo siempre era el mismo: debíamos actuar como un pueblo cordial, hospitalario, pacífico, culto y disciplinado.

El despliegue de seguridad en las horas previas adquirió características de película. La preocupación central de Lacoste era el llamado Día D, el comienzo del campeonato. Estaba al tanto de los informes de todos los comandantes de zona que aseguraban tener todo bajo control para que ningún grupo opositor o combatiente se aproximara a los estadios o las zonas más calientes para recibir

un atentado. En realidad, lo desvelaban dos cosas: que nadie se le acercara o tocara un pelo a Joao Havelange y que a la cancha de River no ingresara ningún sospechoso.

Para la primera tarea sus hombres en el hotel Sheraton verificaban que cada comida y cada bebida del brasileño no trajera sorpresas. Como Havelange era amante de la Coca Cola, las botellas que consumía eran compradas por policías de civil en distintos almacenes del Gran Buenos Aires para garantizar que no permanecieran demasiado tiempo en los depósitos del hotel. A las 12.50 del Día D, un Mercedes Benz con una decena de custodios pasó a buscar a Havelange por el hotel. Exactamente a esa hora, el titular de la FIFA debía abrir un sobre que le entregaría el coronel Gustavo Cáceres, encargado de la seguridad en el estadio de River, y que contenía el trayecto que debía seguir el auto que lo trasladaba.

Lacoste en persona se encargó de verificar si los controles de credenciales en River funcionaban como él quería. Un poco después del mediodía, manejando el Mercedes que disfrutaba gracias a su puesto en el EAM, trató de ingresar por el portón de la calle Udaondo que estaba cerrado al público. Un soldado lo detuvo y Lacoste, copiando la anécdota de José de San Martín que cualquier escolar había leído en *Billiken*, intentó ponerse serio: "Pero mire que soy el vicepresidente del EAM y necesito llegar urgente al estadio". La negativa del colimba calmó su ansiedad, pero igual prefirió quedarse unos minutos observando el operativo y cómo todo el mundo, incluido el general Merlo, aceptaba que un soldado abriera los baúles de los autos para examinarlos.

En el Monumental, un estadio repleto saludó con aplausos el ingreso de la junta militar cuando sus tres integrantes se ubicaron en el palco de honor a las 13.50. Habían llegado en helicóptero. Los nombres de Videla, Massera y Agosti fueron anunciados casi con

emoción por el locutor oficial y la respuesta fue otro aplauso, entre respetuoso y complaciente, a cada uno de ellos. La Iglesia no podía estar ausente. El cardenal de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, se ubicó cerca de los militares que, aconsejados con el criterio de cuidar la imagen para el exterior, habían aceptado concurrir a la inauguración vestidos de civil.

Videla se había preparado para ese momento con frialdad y así salió su discurso. Eran las palabras de un hombre que estaba convencido de que debía pronunciar cada frase de la misma manera en que se dirigía a los regimientos formados en algún cuartel. Con tono enérgico, las manos atrás y una mirada que buscaba en cada tribuna el asentimiento popular habló como lo que era, un dictador que se aprovechaba del fútbol: "En el marco de esta confon-tación deportiva, caracterizada por su caballerosidad, en el marco de la amistad entre los hombres y los pueblos y bajo el signo de la paz, declaro oficialmente inaugurado este Onceavo Campeonato Mundial de Fútbol 1978".

Claudio Morresi, el ex jugador de River y Huracán al que la dictadura secuestró y asesinó a su hermano y quien en 1978 jugaba en las inferiores del club de Parque Patricios, recordaría siete años más tarde, ante la revista *El Periodista*, que la tarde del partido inaugural "Me tuve que bancar el discurso de Videla. Me quedé de brazos cruzados puteando para dentro y advirtiendo que entre la gente había muchos canas adiestrados para aplaudir y que la gente se contagiara."

Era probable que así fuera. Pero también era cierto que entre aquellos 75.000 argentinos que escucharon a Videla, la oposición era casi nula. Aquel Jueves puede ser señalado como uno de los momentos de mayor apoyo colectivo que vivió la dictadura. En el campo de juego de River, 1.200 estudiantes secundarios,

convenientemente vestidos de blanco para despertar mayor sensación de paz, y preparados durante meses por profesores de gimnasia, desplegaron sus esquemas para formar las palabras FIFA, el logo del Mundial, Argentina 78 y una paloma a lo Picasso que debería comentarlos de los más ácidos entre los argentinos que debatían en la campaña por la verdad. Para quienes vivían en la Argentina y seguían las imágenes en blanco y negro, la fiesta, aseguran entonces, sería inolvidable.

Alemanes federales y polacos fueron los protagonistas del primer partido que empezó puntualmente a las 15 y que fue dirigido por un argentino, Angel Coerezza, un árbitro que, entre otras virtudes, ostentaba el cargo de concesionario del buffet de las instalaciones, militares de Campo de Mayo.

Conocedor del pulso político que rodeaba cada fecha, y también entusiasmado por lo bien que le salían las cosas a sus amigos militares, el columnista de *Clarín*, Joaquín Morales Solá escribió su impresión en el diario del domingo 4 de junio: "Nadie que repase los últimos días podrá dejar de advertir que la Argentina ha cam-biado. Desde hace 72 horas una gran música unió a los argentinos en un grito de alegría y fervor. En efecto, el Mundial de Fútbol —ese hecho inigualable que no volverá a repetirse aquí por varias generaciones— puede darle al país muchos orgullos, actuales y futuros, pero les ofreció también a los argentinos la posibilidad de vivir una larga fiesta. El acto inaugural del campeonato, por otra parte, tuvo una singular importancia política. En lo que es estrictamente inter-no, puede decirse que los argentinos tuvieron la oportunidad de inter-ver al presidente Videla, en su primera experiencia multitudinaria. Improvisó —cosa difícil para quien no hizo de la tribuna su profesión— un breve discurso que siguió la línea conciliadora y pacifista habitual en el primer mandatario. Lo miraban de cerca alrededor

de 75.000 personas, y la imagen de la televisión lo llevó en directo a toda la Argentina y a el resto de países. Tuvo una respuesta correcta del público que lo aplaudió varias veces como a la cabeza de un país sobre el que posaba los ojos el mundo... ¿Significa esto que el país se ha olvidado alegremente de sus dramas? Habría que decir, más bien, que la Argentina es capaz de reponerse, erigirse sobre sus frustraciones y recomponer el espíritu cuando algo defluido le da una razón para existir, cuando en el horizonte tiene un objetivo para alcanzar".

Puestos a jugar, los seleccionados argentinos comprendieron que todo se les perdonaría a cambio del éxito. La prédica de Menotti sobre el respeto a un estilo de fútbol argentino nunca se cristalizó y el equipo, en realidad, fue una excelente combinación de potencia y sincronización. Horas antes del debut ante Hungría, el técnico utilizó un recurso que, años más tarde, sería adjudicado con ironía a su contracara Carlos Biliardo. En la concentración argentina se instalaron aparatos de reproducción de videos para que los jugadores observaran una grabación del partido Inglaterra-Hungría jugado en Wembley. Menotti, sin detener un segundo el consumo de sus cigarrillos negros, argumentó frente al televisor: "El stopper de ellos es muy torpe para salir hacia el lateral izquierdo. Usted de Luque lo tiene que obligar a que se vaya hacia ese costado".

En la cancha, la selección mostró nerviosismo y lentitud frente a un rival que no estaba dispuesto a sufrir una goleada como un año antes en la Bombonera. Los golpes de los húngaros y la actitud de encerrarse junto a su arco enfurecieron a Menotti y lo sacaron de quicio cuando Hungría convirtió el primer gol. Desde la tribunas bajó un grito de "Argentina / Argentina" cuando el partido estaba 0-1 y sin demasiado brillo la selección logró dar vuelta el resultado. El primer héroe para el periodismo sería Leopoldo Luque,

autor del empate y figura de aquella noche en la que Bertoni, después de un pase de taco de Alonso, el jugador que reclamarían los hinchas y que reemplazó a Valencia, puso el 2 a 1, apenas a seis minutos del final. Los enviados de la prensa europea insinuaban en sus crónicas que el árbitro portugués Antonio José da Silva había beneficiado a los argentinos con las expulsiones de dos jugadores húngaros. La incidencia de esas tarjetas rojas en el resultado debe medirse con calma: Nyilasi y Torocsik se fueron de la cancha a los 43 y 45 minutos del segundo tiempo.

La junta militar no iba a perderse semejante momento. En los vestuarios argentinos, cuando Menotti permanecía en un rincón tembloroso y descargando el sufrimiento padecido, una voz le dijo: "César, el brigadier Agosti quiere saludarlo".

-¿Cómo le va lugarteniente?-, saludó Menotti, sin darse cuenta que todos lo miraban asombrados.

Cuando se dio cuenta del error, quienes lo rodeaban y el propio Agosti empezaron a las carcajadas. Era un vestuario relajado en el que los militares se movían con tanta soltura que Rogelio Poncini, el ayudante de campo de Menotti, le pedía a Videla que pasara siempre por los vestuarios por una cuestión de cábala, y Roberto Saporiti, otro técnico joven que colaboraba con Menotti saludaba a Massera como si fuera un viejo conocido: "¿Qué tal Massera?, ¿Cómo le va?, ¿todo bien?".

La cordialidad ya no asombraba a nadie. La junta de la dictadura había establecido un trato con el plantel que mostraba hasta dónde eran capaces de moverse los militares con tal de conseguir lo que buscaban, que cada éxito deportivo fuese visto como un éxito político.

El vozarrón del preparador físico Rodolfo Pizzarotti, cuyos tonos policiales asustaban a los jugadores a tal punto que lo bautizaron

"Adolfo Hitlerotti", puso fin al primer encuentro en vestuarios entre la jerarquía militar y el plantel de Menotti: "Perdóneme señor presidente, se van a tener que retirar porque debemos seguir trabajando. Los jugadores no pueden tomar frío y tenemos que pesarlos a todos".

Para el segundo partido de Argentina, todos estaban más tranquilos. El fervor popular iba en aumento y hasta en la casa de Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la dictadura cuya cultura futbolera era cero, se hablaba de concurrir a la cancha, una costumbre demasiado vulgar para su gusto.

Un solo tema causaba preocupación al médico del plantel argentino. La noticia llegaba de Córdoba: el análisis del frasco "X" que correspondía al jugador escocés Willie Johnston tenía componentes de fencanfamina, un estimulante que facilitaba la movilidad física. La computadora importada de Alemania Federal para detectar unas 500 drogas de probable utilización por los futbolistas, había demostrado su eficacia.

Johnston había admitido que consumió, por decisión propia, dos pastillas de Reactivan. Su confesión no sólo se hizo luego de conocerse el resultado. Minutos antes del partido frente a Perú, cuando en los vestuarios escoceses el entrenador McLeod les dijo a sus jugadores antes de salir a la cancha "espero que ninguno de ustedes haya olvidado lo que hablamos acerca de las drogas", Johnston reaccionó con desesperación al recordar que había metido la pata: "Yo tomé dos de esas pastillas para la rinitis".

La mala suerte de Johnston fue doble. No sólo el entrenador lo sacó del equipo titular sino que al sentarse en el banco de suplentes, y aunque no ingresara a la cancha, su camiseta participaría del sorteo de los jugadores que debían ir al control antidoping. El destino parecía perseguirlo y el apellido Johnston fue convocado a la

sala donde los elegidos por el azar debían orinar.

Toda la prensa y la FIFA cargaron contra él. Lo separaron del equipo, lo mandaron de vuelta a Escocia, luego le prohibieron jugar en cualquier equipo durante un año, hasta que cansado de ser el único malo de la película, abrió la boca: "En Inglaterra tomamos esas pastillas naranjas por recomendación de los médicos antes de cada partido".

El abogado argentino Julio Decoud aprovechó el mal momento de Johnston y quiso ganar espacio en los diarios con una denuncia moralista que a la dictadura le venía bárbaro. Denunció al escocés por violación de la Ley del Deporte y pidió su extradición por introducir drogas en el país. En opinión del oportunista abogado, Johnston pertenece a un país del cual oímos reiteradamente que se tiene máximo respeto por la ley, y consecuentemente que infractor es sancionado sin excepción alguna.

Con el sacudón del episodio Johnston en la cabeza, la mayoría de los jugadores argentinos ingresaron a la cancha de River bajo una lluvia de papeles que asustó a los franceses. En las tribunas se libraba la única batalla popular que se recuerda de aquel Mundial. La mayoría de la gente se había encolumnado detrás de Clemente, el personaje de la historieta de *Clarín* que desafiaba al relator de radio *Rivadavia*, José María Muñoz, e incitaba a la gente a que arrojara serpentinias, cintas de máquinas de calcular y cualquier tipo de papel para dar la bienvenida al equipo de Menotti. Muñoz pedía cordura y limpieza, y sostenía que "arrojar papeles no daba una buena imagen en el exterior".

Quizás porque el pueblo estaba cansado de recibir órdenes todos los días o quizás porque la costumbre nacional de tirar papeletos agachar la cabeza y soportar que el folclore del tablón era más



tel, Gallego. Aunque tal vez tengamos una ventaja, Kempes, que es cordobés, jugó en Central y eso nos puede ayudar”.

El viaje de la Selección a Rosario se hizo en avión pese a que los jugadores habían pedido trasladarse en micro, lo que les evitaría cargar bolsos, dirigirse al aeropuerto y soportar la habitual espera de los embarques. Pero los encargados de la seguridad no se animaban a cambiar las pautas del EAM y Argentina tomó un vuelo de línea.

La espectacular recepción de los rosarinos, que acompañaron al micro de la delegación desde el aeropuerto de Fisherton hasta la Ciudad Deportiva, le dio a Menotti la idea que en Rosario serían más locales que en Buenos Aires.

Las cosas empezaron bien con el triunfo ante Polonia. Pero se desdibujaron con el 0 a 0 ante Brasil. Por primera vez en el recorrido de la Copa, Menotti estaba alterado. Su bronca con los jugadores era de tal magnitud que cuando el micro llegó a la concentración soltó un grito que nadie supo a quién estaba dirigido: “¡Mire, mejor váyase a dormir, porque hoy no aguanto nada. Fuimos un desastre, me defraudaron. Y ojo que el resultado no tiene nada que ver. Lo que yo no puedo soportar es que todavía se olviden de lo que hablamos el primer día”.

El pase a la final peligrosaba y Menotti intuía que los brasileños ganarían fácilmente su partido ante los polacos y que vencer a los peruanos, con un equipo que no encontraba su sintonía, no sería cuestión sencilla. En la mañana posterior al empate, el entrenador continuaba de mal humor. Para muchos, era un Menotti desconocido, al borde de la violencia. Durante el almuerzo, de una mesa silenciosa se escaparon las sonrisas de algunos jugadores que pretendían distenderse.

-Pero de qué carajo se ríen -gritó Menotti-. No los aguanto más.

Después del partido que jugaron ayer no tendrían que abrir la boca por un mes.

El rostro enfurecido del “Flaco” despertó la reacción de su amigo Saporiti quien, para evitar que se generara una reacción de los jugadores, se lo llevó a un costado para calmarlo.

-Pará la mano Flaco, ¿qué te pasa?, ¿tanto te dura la calentura? -Es que me van a tener que aguantar así. ¿O vos te pensás que me voy a bancar que se tomen esto en broma?

-No, no -le dijo Saporiti-. Así no podés estar con los jugadores. Ya mismo te agarrás el auto y te vas a tranquilizarte a algún lado.

Los que aquella tarde vieron a Menotti circular por las calles de Funes habrán pensado que el técnico argentino estaba recordando episodios de su infancia o visitando viejos amigos. Pero en verdad buscaba explicaciones a la decepción sufrida y también quería encontrar las excusas justas para un eventual fracaso. Prefirió no dormir con el equipo y regresó a la mañana siguiente dispuesto a dar una charla que tocara el alma de los veintidós jugadores.

“No sé si ustedes se dieron cuenta, pero yo tenía mucha bronca cuando terminó el partido contra Brasil. Me fui muy decepcionado de la cancha. Y ayer todavía me duraba la muña. Por eso no quise reunirlos hasta que se me fuera la bronca. A mí me defraudan los equipos cuando no intentan hacer lo que saben y los jugadores no demuestran las razones por las que el técnico los convocó. No les puedo perdonar ni soporto que traicionen las convicciones en las que todos estuvimos de acuerdo el primer día. Y ustedes saben que este no es un argumento nuevo. Cualquiera jugador de Huracán les puede decir si es cierto o no que una vez en el entretiempo dije que me iba de la cancha si seguían jugando así. Y en ese momento ganábamos 2 a 0. A mí no me importa el resultado. Todo hubiera sido igual si el partido termina con un triunfo nuestro. Lo que

me preocupa es que no jueguen con alegría, que no respeten su vocación".

Cuando los jugadores terminaron de escucharlo comprendieron que, de verdad, estaban al borde de la eliminación y que pese a todo lo que les decía Menotti, lo único que a la gente le importaba era el resultado. Ya circulaba entre ellos el último número de la revista *El Gráfico* que en su principal titular anunciaba: "A este Perú, hay que ganarle".



Lo dejaron ahí

# AMHISA

MI PRECIOSO!

Tu madre te hará esta cara. Quiero decirte antes que nada, que te extraño mucho, aunque el recuerdo y la sonrisa que sale de tu foto, siempre me acompañan. Ya compré la maletita que te prometí. Es rubia como tú y tiene un par de ojos espectacularmente iguales a los tuyos. Camina, habla y muy pronto, cuando yo respire, juzgaré con ella tirados en el living.

Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos simpáticos te oyeran decir cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentada infantil de ellos. Papá está muy bien. Aquí todo es tranquilidad y bienestar. Esta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz.

No te asustes si ves algunas fotos de la concentración con soldados de verde al lado nuestro. Esos son nuestros amigos, nos cubren y nos protegen. Nos quieren como toda la gente de este país, que desde el mismo momento de la llegada nos demostró su afecto. Como en el aeropuerto cuando nos cubrieron la espalda de nuestra patria y nos tiraron besos y todas las manos queridas cobraron vida.

Todavía ha media después de la cena, me llevo a "Principios" —"¿te acordás?" es nuestra mascota— a mi habitación. Le ensaño por cincuenta vez tu foto y conversamos mucho sobre ti. Trato que ya te conozca. El me lleva un pequeño cuadernito de aventuras como tu, cuando comienzo a contar los minutos de aventuras que tantas veces has escuchado. A la mañana muy temprano sube a nuestras habitaciones a despertarnos. Hazna en, en, en me hace recordarme más, porque es igual a ti cuando vienes a nuestra casa a buscar el calor de mamá y papá apenas te levantas. ¿Sabes qué me preguntó? ¿Sofistic con Mabelle, Riutí? Cada vez hace más foto. Por las ventanitas del hotel veno todos los días caer la nieve. El paisaje es hermoso pero me faltan tu, Stevie, pronto estaremos solos. No tengas miedo, papá está bien, tiene tu número y un balcón de soldados que lo cubren. Que lo proteja y que de sus huellas dispersan fuerza. Dale a tus amigos la verdad. Argentina es tierra de amor. Algún día cuando seas grande podrás comprender toda la verdad.

Te adoro, cuida a mamá, estírate con una ventrisa y salud pensando en un nombre para la maletita. Mi beso.

Fajpilo

P.P.S. Yo ya elegí el nombre para tu maletita. Sería "Argentina". Si puedes elegir uno mejor dímelo.

Uno de los mayores bochornos del periodismo argentino durante la dictadura. La carta a la hija que el periodista Enrique Romero le falsó al jugador holandés Krol.

*"Nos mean, y la prensa dice que llueve"*  
Graffiti de origen español, hoy de carácter internacional.

Hubo una muerte que los militares festejaron sin tener que ver con ella. El 14 de abril de 1978, cuando sólo faltaban 45 días para el inicio del Mundial, Dante Panzeri falleció en Buenos Aires a los 56 años. Para entonces, Panzeri portaba un título simbólico: era el único periodista deportivo de la Argentina que se había opuesto al Mundial.

Su pluma volcánica, a veces, tenía el enorme atributo de la clarividencia. Fue él quien había anticipado que la Ciudad Deportiva de Boca que prometió construir Alberto Armando —con estadio flotante incluido— sería otro de los grandes desengaños argentinos y fue él quien en 1975 advirtió: "Todos los orígenes domésticos infantiles de nuestros acostumbramientos a vivir afanándonos a nosotros mismos determinan que queramos hacer el Mundial 78, aún a sabiendas de que nos va a ir muy mal, especialmente si lo ganamos. Porque lo vamos a ganar al estilo del Martín Ferro y el Viejo Vizcachá. O de Bairoletto y el Plbe Cabeza, delincuentes comunes con los que ya hemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa, que también apoya el acostumbramiento nacional a afanarnos a nosotros mismos".

Según José María Suárez, compañero de Panzeri en *La Prensa*, "su ideología política era todo un misterio. Murió sin que ninguno de sus amigos supiéramos a quién había votado. Él decía que era uno de sus secretos y eso le permitía tener independencia para criticar a quien quisiera".<sup>1</sup>

Ácido, gruñón, avasallante y muchas veces duro con sus compañeros, Panzeri no era precisamente un periodista de izquierda. Los pocos colegas revolucionarios que lo admiraban, sostenían que su talón de Aquiles era un sospechoso tufillo autoritario. Qué otra cosa podía pensarse de un comentarista que, cierta vez, redactó este epígrafe para identificar la foto de un futbolista de larga melena setentista: "Debajo de esta porra es difícil que haya un cerebro limpio". En 1978 Panzeri peleaba contra el cáncer y contra cenizas de periodistas que no entendían por qué "El Viejo" se ponía en contra del Mundial. Su paso por *La Prensa*, un año antes, había sido breve pero explosivo. Como jefe de Deportes dio vuelta la sección como una media y aún muchos recuerdan que se dio el lujo de anunciar a los lectores que cada vez que se informara sobre boxeo, *La Prensa* hablaría de "homicidio legalizado".

Fue en *La Prensa* desde dónde le pegó duro al Mundial y a los obscuros: "Entre los nocivos publicistas que dañan con sus excesos patrióticos los alcances y sentido del Campeonato Mundial de 1978, se oye a un núcleo considerable de ellos proclamar que debe ser el 'Mundial de los periodistas'... Sostienen que lo vital de ese certamen —que la Argentina jamás debió concientemente soltar— es dispensar una más que esmerada atención a todos los periodistas extranjeros para de ese modo asegurar su éxito en el mundo y las mejores cosechas laudatorias para el país que esos periodistas nos asegurarán por una suerte de retribución o coacción. Parece conveniente alertar respecto de otros objetivos tanto

más importantes que 'tratar muy bien a los periodistas para que hablen muy bien de nosotros'. Un recuerdo nos lleva a 1962, en el Mundial de Chile. La expulsión de periodistas italianos de ese país, como indeseables, por haber difundido, en medio de las 'esmeradas atenciones chilenas', unas notas que acerca de la realidad social de Chile (villas miserias) se consideraban como desprestigiadas del país".

Cuando escribió esta columna, en abril de 1977, instaló por primera vez en las páginas deportivas el gran tema de los meses que vendrían, la mezcla de deporte y patriotismo barato. No obstante la soledad de su cruzada, el prestigio acumulado durante años por Panzeri hizo que Lacoste lo invitara a su departamento para intentar convencerlo de las ventajas de organizar el Mundial. Como sólo tenía una cosa en la cabeza, Panzeri concurrió con toda la documentación acumulada que, estaba seguro, le permitiría dar vuelta a su favor la discusión. Fue inútil, aunque Panzeri le contaría luego a sus mejores amigos: "Estuve a punto de convencer a la esposa de Lacoste"<sup>2</sup>. Con ese norte se mantuvo como un toro en una campaña que recién aflojó en los primeros días del '78, cuando en un café de la Avenida de Mayo le confesaría a su amigo y abogado Norberto Soubestie:

—y Panzeri, ¿qué hacemos con el Mundial?  
—Ahora no hay remedio, hay que hacerlo. Avanzaron demasiado y los gastos principales están hechos. No se ahorra nada con renunciar, es demasiado tarde y el papelón está hecho. Ahora estamos en el baile, y hay que bailar.

Con Panzeri muerto, los periodistas vivos eran lo más parecido a un compacto batallón. La palabra oficial era sagrada. Durante meses no se escuchó ni voces críticas ni objeciones leves a la pues-

ta en marcha del Mundial. Nada malo en su esencia, a no ser que al mismo tiempo cerraban los ojos ante la advertencia de una prensa extranjera que insistía en que la Argentina olía a muerte. En todas las redacciones se sabía que fuera del país abundaban las noticias sobre asesinatos, torturas y desapariciones. Por lo menos desde mediados de 1976 ningún jefe de la sección Política lo ignoraba.

Nadie se animó a levantar las piedras. Tan sólo un puñado de enviados europeos tomó la decisión de contar toda la verdad. Los periodistas argentinos se pusieron la camiseta del nacionalismo rabioso y adhirieron a la condena bíblica que los militares perpetraron y que en estos tiempos recrea George Bush (h): "O se está con nosotros o se está contra nosotros". Así, el periodismo brindó una complicidad, deseada o no, que alimentó un enfrentamiento contra "ellos", los antiargentinos. Una postura que no tenía padre, pero sí padrino: Samuel "Chiche" Gelblung.

Gelblung dirigía la revista *Gente* de Editorial Atlántida, lo que equivalía a decir que era el hombre que manejaba la agenda de lectura de unos 400.000 hogares argentinos. Pero eso era lo de menos. El modelo *Gente* iluminaba a la mayoría de redacciones y muchos jefes pedían a sus redactores que "hicieran notas como las que salieron en *Gente*". Gelblung la llamaba "La revista del gran show nacional" y reconocía que su éxito, entre otras cosas, se debía a la existencia de un gran público conservador en el interior del país. En vísperas del Mundial, en el primer ejemplar de junio, dos páginas con tono de afiche callejero reflejaban la línea editorial que seguirían todas las publicaciones de la editorial. Gelblung lo tituló "A pesar de...":

**A pesar del boicot contra el Mundial organizado por terroristas en varias capitales de Europa.**

**A pesar de los 700 millones de dólares que costó. Por primera vez los argentinos sabemos lo que cuestan las cosas, y pagaremos esa deuda aunque no resulte fácil.**

**A pesar de los prejuicios de ciertos periodistas extranjeros que empezaron criticando y ahora elogian.**

A pesar de todo y contra todo... los argentinos hicimos el Mundial". "El periodismo se tomó al Mundial como una militancia -reconoció Gelblung unos años después-. Para los comprometidos, estaba donde estaba Videla se decía: está todo bien muchachos, tenemos justificado todo: vamos a ver fútbol. Nosotros adheríamos a la teoría de los dos demonios. La posición de la revista *Gente*, que en parte respondía a esquemas que yo manejaba, partía de la concepción que había una guerra y esto era lo que permanentemente se negaba por las dos partes. Había una especie de culpa colectiva en la cual se decía 'mientras maten a esos hijos de puta, pasa'. Y mientras mataban a mis enemigos, o yo así lo interpretaba, no había problemas. Ahora, cuando desaparecen mis amigos, Edgardo Sajón, Helena Holmberg, Jacobo Timmermann, ahí la cosa empieza a ponerse jodida. Se hizo lo que se pudo. La opción era morirte o seguir viviendo. Pero ¿poner a *Gente* como la malvada de la película? Si no asesinó ni secuestró. *Gente* no tiene las manos manchadas de sangre". 5

En la otra vereda de Gelblung, Hugo Gambini, periodista de estrechas complicidades y relaciones con el radicalismo y autor de la primera biografía que se publicó en la Argentina sobre el Che Guevara, hacía malabares para sostener la revista *Redacción*, uno de los pocos mensuarios que concedía un espacio para las reflexiones políticas por fuera de la línea que imponía la Junta Militar. Pero el Mundial fue más fuerte que él. Cuando el secretario de

Hacienda, Juan Alemann, alzó su voz contra los excesivos gastos del EAM 78, Gambini le respondió en su columna:

"El Mundial... mostrará además la imagen real de la vida argentina sin distorsiones, porque habrá más de cinco mil periodistas extranjeros sueltos por la calle, hurgando en nuestras costumbres... Es probable que de todo lo que haga el actual gobierno -poco o mucho- el Mundial sea uno de sus mayores éxitos".

Además de Editorial Atlántida tenía en su mazo los dos anchos. Además de *Certe*, repartía gentilezas con *El Gráfico*, la publicación de sobrada fama internacional que en las semanas previas y durante el Mundial vendería un promedio de 300.000 ejemplares por número llegando a 600.000 el día de la final. El último editorial de *El Gráfico*, previo a la fiesta inaugural, apareció en la página 3, sin firma, bajo la atenta supervisión del director Constancio Vigil:

"Que este Mundial permita la exaltación de los auténticos valores del deporte y que la verdadera realidad argentina, tan malintencionadamente distorsionada en algunos países, sea bien conocida y comprendida."

Mientras tanto, en la redacción del matutino francés *Le Figaro*, media docena de periodistas se esforzaba en terminar los cómputos de una encuesta en la que le habían preguntado a sus lectores si era correcto que el seleccionado de Francia renunciara a ir a la Argentina para no aprobar un régimen no democrático y si los integrantes de la delegación francesa debían abstenerse de participar en ceremonias o recepciones oficiales ofrecidas por el gobierno de Videla. Los resultados de la encuesta fueron levemente favorables al viaje rumbo a la Argentina. En *Le Figaro* entendieron que la batalla iba a ser más que dura.

Siete Días, el otro semanario argentino de gran circulación que estaba en manos de la poderosa Editorial Abril, y que competía con

Atlántida en la lucha por el mercado de ese segmento, encargó la anticampaña a su director ejecutivo Carlos Ibañez, al subdirector Julio Anibal Portas y al jefe de redacción Carlos Cerqueira. Mientras *Siete Días* potenciaba los éxitos de la inauguración del Mundial, con la otra mano le pegaba duro a "los enemigos de la Argentina", los periodistas que contaban lo que sucedía afuera de las paredes del Monumental.

En la edición de *Siete Días* del 8 de junio de 1978, un recuadro titulado "Más que mentiroso" decía: "Informaciones llegadas de Buenos cuentan que mientras el mundo asista por televisión a esa fiesta incomparable que fue el acto inaugural del Mundial 78, un acto irreverente, agravante, burlaba la hospitalidad y buena voluntad que brindamos los argentinos a los visitantes. Los periodistas Fritz Klein y Thomas Remer de la ARD-SWF, una de las dos cadenas de la televisión alemana, transmitieron a sus 30 millones de teleespectadores un mensaje disociado con la realidad. Los periodistas informaban a su público que 'el acto es una maniobra política en un país en el que las torturas, los asesinatos y la represión están vigentes, hasta en las calles'. Extraña libertad de prensa -la de Klein y Remer- consistente en manifestar lo que desean sin que les conste y aunque no sea verdad, al amparo de una hospitalidad que no merecen".

Aquel 8 de junio era jueves. Ese mismo día, a las dos de la tarde, en los techos de la Casa Rosada, tres soldados apuntaban sólo con sus ojos hacia la Plaza de Mayo. Los fusiles FAL estaban apoyados en el piso por órdenes del encargado de seguridad. Se sabía que una hora más tarde, ese grupo de mujeres al que el gobierno llamaba Las Locas de Plaza de Mayo recibirían la visita de algunos de los periodistas que acompañaban a las delegaciones extranjeras. Los militares no querían que los cronistas se llevarán la más míni-

ma imagen de represión. En sus cálculos figuraba que las marchas de todos los jueves que organizaban los familiares de detenidos y desaparecidos serían una tentación para los enviados europeos. "No se preocupen. Dejen que se hagan las marchas de las locas. La gente se va a encargar de ellas", se ordenó en la Rosada.

"Tengan cuidado al hablar, hay muchos policías de civil", le aconsejó una de las Madres a Gerard Albouy, enviado del diario francés *Le Monde*.

Gerard no sabía calcular. Pensó que había entre trescientas y cuatrocientas mujeres. De pronto, los movimientos de todas ellas lo sorprendieron. De las carteras, de bolsas de plástico, de entre sus ropas, las señoras cincuentonas sacaban pañuelos blancos y se los ataban a la cabeza con la velocidad de un rayo. No daban vueltas alrededor de la pirámide central de la plaza, como les habían conluido en París. Todas se dirigieron por uno de los senderos de la plaza rumbo a la casa de gobierno.

"¿Golpearán las puertas?", se preguntó Gerard segundos antes que varios policías se colocaran frente a la marcha de las mujeres. Era evidente que no iban a pasar. Nadie exhibía armas y estaba claro que la intención era esiorbarlas para que se desviarán.

Las mujeres y unos pocos hombres que las acompañaban giraron hacia la izquierda y por las calles laterales marcharon hacia la peatonal Florida. Una de ellas decidió hablarle al francés mientras unos pocos fotógrafos terminaban sus rollos: "Gracias. Es necesario que hablen de nosotros. Queremos volver a ver a nuestros hijos".

Con los años, la imagen de una madre llorando formaría parte de cuanto documental se realizó sobre las Madres. "Por favor, ustedes son nuestra última esperanza", le suplicaba la del pañuelo blanco a un camarógrafo rubio.

Gerard Albouy mandó el despacho al día siguiente y el sábado 10

de junio, *Le Monde* publicó el artículo sobre las madres de los desaparecidos en la sección deportes. "Una cita con las locas de la Plaza de Mayo". La nota de Albouy fue una puñalada más para Tomás Anchorena, el embajador argentino que por esos días enloquecía en París. Ante el eficiente periodismo francés había tirado la toalla: durante el Mundial era mejor que no abriera la boca. En Europa, el cuerpo diplomático que servía al proceso militar no podía creer lo que veía. Desde que, en la última semana de mayo de 1978, los ingleses de la BBC habían puesto al aire un informe sobre el Mundial en el que se hablaba de campos de concentración en la Argentina, no quedó país europeo en el que no se conociera la otra cara de la Copa. Si bien los ingleses sólo mencionaban a cinco de los centros de tortura, "dos en Capital Federal, uno en Morón, Lomas de Zamora y Ezeiza", el documental puso en alerta a quienes preparaban el pasaporte para viajar a Buenos Aires. El viejo axioma "si lo dice la BBC entonces es cierto", se embarcaba en las máquinas de escribir de los periodistas con mayor conciencia. Lo que no se imaginaban era que, diez días después del partido inaugural, el equipo de la BBC sería agredido por una patota que se desprendió de una multitud que festejaba, mientras realizaba un reportaje sobre la inflación en la Argentina.

En los canales de televisión de Buenos Aires, manejados en su totalidad por los militares (el 7 y el 9 en manos del Ejército, el 11 de la Fuerza Aérea y el 13 de la Marina), se prepararon para el gran derroche y el clima de sonriña permanente. Era un año cargado de estrellas y showmans de una punta a otra del viejo selector de canales. *Canal 11* contrató a Pipo Mancera y a Julio Lagos. En los mismos estudios, Bernardo Neustadt conducía su programa por la noche y el peruano Hugo Guerrero Marthineiz fue llamado por *Canal 13* para competir contra Andrés Percivale quien, en el 11,

estaba al frente de "Video Show" uno de los programas con más rating de aquellos años. Aprovechando que la plata salía del bolsillo de todos, los interventores de los canales firmaban contratos fantásticos con quienes sabían que no levantarían ni un centímetro el velo de la verdad. En el país de los distraídos, nadie se escandalizó por el sueldo que le habían asignado a Percivale: veinte mil dólares por mes.

A la hora de empujar el carro triunfalista del Mundial, los sectores más duros de la televisión generaron las conocidas "Comunicaciones Internas". Estaba prohibido criticar a la Selección. Enrique Macaya Márquez fue uno de los comentaristas de Canal 7 que, dos décadas después, admitiría la censura y también su silencio de entonces. El tardío sinceramiento alcanzó a Néstor Ibarra, por entonces en Canal 13, quien ya en el nuevo siglo admitió que el día entonces le acercaron la directiva interna, profundamente malhumorada, que le acercaron la directiva interna, profundamente malhumorada, corríó al despacho del marino que degustaba el puesto de secretario de información, para expresarle su desacuerdo. Sin embargo, los idus de junio influenciaron en el mismo Ibarra y aceptó callarse. Su participación en la película oficialista *La Fiesta de Todos*, maldirigida por Sergio Renán, confirmaba, un tiempo después, que Ibarra realmente no tenía pensado ni criticar a Menotti ni criticar al gobierno.

Muy distinto fue el caso de algunos periodistas que convivían con los demonios de Editorial Atlántida. Carlos Ares y Roberto Fernández, dos redactores de *El Gráfico*, dedicaban parte de su tiempo a distribuir gacetillas para los periodistas extranjeros en el Centro de Prensa del Teatro San Martín. "Si había un lugar custodiado por los militares durante el Mundial 78 ése era el Centro de Prensa. Vista ahora, aquella acción de reparar contrainformación le la realidad argentina para ver si los europeos publicaban lo que

realmente ocurría en la Argentina era estúpido, inútil y suicida", dice Ares.

En las radios ocurría algo similar a lo que se veía en los canales. El vicecomodoro Jorge Pedrerol, interventor en las radios *Splendid* y *Excelsior* (luego se llamaría *La Red*) ordenó a sus locutores y periodistas, además de sugerirles a los productores de espacios com-prados, que: "En consideración al espíritu patriótico que debe guiar a todos los argentinos ante el mundo durante los próximos días y hasta la finalización del Campeonato Mundial de Fútbol 78, fijase como pauta oficial de las emisoras al respecto, la abstención absoluta de comentarios adversos a nuestra Selección en forma particular o general, en todos los programas de la misma, sin excepción." Pedrerol fue imitado por otros interventores.

La vida de Bernardo Neustadt en 1978 era intensa. Por las mañanas conducía *Belgrano Show* en la radio, los lunes de 22 a 23 dirigía "Capítulo Aparte" en Canal 11, en cuyos estudios además era columnista de "Video Show". Su latiguillo "lo dejamos ahí", un sello para poner punto final a un tema y así evitar las profundizaciones y la búsqueda de causas de un problema, era copiado hasta el hartazgo por quienes lo veían como "modelo de periodistas". A Neustadt lo acusaban de "excesivamente videlista" pero no se trataba de una imputación de los combatientes contra la dictadura. La frase provenía de la Marina, celosa de Videla, razón por la cual Massera y sus muchachos hicieron tronar el escarminiento y las oficinas de "Bernie" fueron asaltadas un fin de semana. Neustadt estaba en los Estados Unidos y al regresar lo aguardaba en Ezeiza el general Roberto Viola, para llevarlo al despacho de Videla. — Quiero brindarle mi solidaridad y aclararle que quienes destroza- ron su redacción son comandos de la Marina —le dijo Videla.

-¿De la marina? ¿Y ustedes qué van a hacer?

-Nada. No sabe acaso que la Marina forma parte de la Junta Militar, ¿o usted quiere que ponga en riesgo la unidad de los militares por-que al señor Neustadt le robaron su archivo periodístico?

Ni el allanamiento, ni el robo de sus archivos, ni la impotencia de sentir en carne propia un apriete le hicieron dudar a Neustadt sobre si había que apoyar o no la gesta futbolística. Para Videla, Neustadt era hombre de palabra y lo comprobó cuando le acercaron un ejemplar de la revista *Extra* que dirigía su periodista preferido: "Abro la ventana y escucho y noto que el tormento subversivo" concluyó. Como bien dice el general de división Guillermo Suárez Mason "todos en Argentina tienen nombre y apellido". Es verdad, la noche oscura que vivimos los argentinos, muchos sin darse cuenta todavía realmente cuenta de dónde habíamos caído, terminó porque en el camino quedaron los "que tuvieron que dar la cara" frente a los dueños del "partido de la muerte". Y porque otros, que gracias a Dios viven todavía, asumieron su total rol y fueron a la lucha sin una sola vacilación; la muerte y la vida de quienes tuvieron que enfrentar al terrorismo nos permitieron la paz para todos y abrir el 1 de junio las puertas del Mundial y del país para que nos vieran en la nueva versión del País sin miedo".

Pese a que era gran amigo de Neustadt, Mariano Grondona no había logrado aún el sueño del programa propio. Dirigía la revista *Carta Política*, financiada por el empresario y banquero Raúl Piñero Pacheco, donde escribía los editoriales titulados "Horizonte Político". Nunca explicaba por qué ponía su firma muy de vez en cuando. En el mes de junio de 1978, Grondona eligió el anonimato para reflexionar: "Un dibujo publicado en la revista de *La Nación* el domingo 28 de mayo por el humorista Vinti mostraba a la Argentina como un señor que, a la vista del Mundial, pone un telón

delante de la casa. El telón la mejora decisivamente. Cuando el Mundial se termina, el telón se quita y todo sigue igual. ¿Es esta la verdad? No lo creemos. A la Argentina como nación, no sólo como Estado sino también como sociedad, le hace bien la confrontación ante el mundo... El Mundial nos obliga a ser-ante-los-otros otra vez". Una de las diversiones de Grondona era calificar al país todos los meses. Un día antes del Mundial, el profesor de la facultad de Derecho le puso un 8,25 a la Junta Militar en el rubro política.

Ningún diario argentino hubiese superado la prueba del detector de mentiras en junio de 1978.

Con los dueños de los medios asumiendo como propias las ideas del gobierno de Videla, no hizo falta el telefonazo de algún militar para sugerir cambios editoriales. *Clarín*, el matutino más poderoso de entonces, llevaba varios meses acompañando al "Proceso" y haciendo negocios con generales, almirantes y brigadieres. A un precio de regalo, había obtenido de Videla la cesión de las acciones que el Estado poseía en la fábrica Papel Prensa, fundamental para autoabastecerse de papel de diario. Por otra parte, Menotti le concedió el honor de acordar un jugoso contrato para que los redactores del diario le escribieran una columna que el técnico firmaría cada tres días en el suplemento deportivo.

Los panoramas políticos semanales de *Clarín* no llevaban firma. Pero en el mundillo político todos sabían que los redactaba Joaquín Morales Solá, un joven ex corresponsal del diario en Tucumán que, meses antes del Mundial, había sido convocado desde Buenos Aires por las buenas recomendaciones del general Bussi, el gobernador de la provincia. Morales Solá se mudó de Tucumán a un edificio en la avenida Libertador, habitado en buena parte por militares, en el que, previamente a su traslado y por



policía los vio y les ordenó subir al patrullero mientras el público se reagrupaba y alentaba como en el Monumental: "Argentina, Argentina". Hubo también aplausos, para la policía.

Madelaine se quedó llorando frente a la escena. Pese a que era descendiente de ingleses, intentó reprocharles algo a los periodistas usando el idioma materno, pero ni una palabra le salió. Ya en su casa, escribió al *Herald*, creyendo que no le prestarían atención. Cuando vio su carta publicada, pensó que había cumplido un deber sagrado: "No estamos de acuerdo con la violencia en ninguna de sus formas. Pero entonces, ¿qué había que hacer con ese maníático que disparaba su arma en medio del gentío, sin importarle a quien pudiera herir? ¿qué teníamos que hacer? ¿darle una flor y decirle OK creemos en los derechos humanos? Y maquiávilicemente agregar 'aceptamos tus ideas'? ¡Por supuesto que no!".

Si a *El Gráfico* la llamaban revista ultraoficialista, ¿qué quedaba para *Goles*, su competidora? El semanario de Editorial Abril, contaba con una ventaja: en su jefatura se sentaba un hombre con teléfono directo con el contralmirante Lacoste, el periodista Aldo Proietto, conocido en los ambientes como "El Tío". Proietto fue convocado a trabajar al lado de Lacoste en el EAM 78 luego de que el marino leyera en la revista *Goles* un editorial que sonaba bien a sus oídos, cuando aún faltaban casi dos años para el Mundial. Proietto era por entonces el subdirector de la revista y escribía: "El general de brigada (R) Antonio Luis Merlo ha sido designado nuevo presidente del Ente Autárquico Mundial 78 y de inmediato se ha puesto a trabajar en base al plan largamente estudiado, elaborado y analizado por el Gobierno. De ahora en más, todo se hará por y para nuestro Mundial. Por eso pensamos que QUIEN ESTE CONTRA

EL MUNDIAL SERA UN ENEMIGO DEL PAIS. Porque es mucho más que una simple competencia deportiva".

Durante la Copa del Mundo, Proietto ocuparía el cargo de Jefe de Información Deportiva del EAM, y en los 90 llegaría al sillón deseado, director de *El Gráfico*.

Lo que no se imaginaba Proietto era que aquel anticipo sumaría adhesiones en 1978. Y adhesiones realmente inesperadas. Cuando un periodista de *Le Monde* entrevistó a Ernesto Sábato sobre los motivos por los que se quedó en la Argentina, recibió esta respuesta: "Si no me exilié fue porque creo que mi deber es estar aquí, sufrir la condición de mi país. Seguir para bien y para mal, al lado de mis compatriotas. Boicotear al Mundial no sólo hubiera sido boicotear al gobierno, sino también al pueblo de la Argentina, que de veras no se lo merece".

Pero *El Gráfico* era *El Gráfico*. Constanancio Vigil, su director ejecutivo e integrante del directorio asistía a todos los eventos protocolares, acompañaba a la cúpula de la FIFA, se paseaba junto a Lacoste por los estadios y los domingos a la noche supervisaba los editoriales de la revista para asegurarse cómo brotaban las consignas convocantes. "Para los de afuera y para los de adentro" fue el encabezamiento que eligió para la edición del 6 de junio, mientras el jefe de taller le confirmaba por teléfono que la tirada sería de 330.000 ejemplares: "Para los de afuera, para todo ese periodismo insidioso y malintencionado que durante meses montó una campaña de mentiras acerca de la Argentina, este certamen le está revelando al mundo la realidad de nuestro país y su capacidad de hacer, con responsabilidad y bien, cosas importantes".

-José María, sin su presencia este Mundial no se hubiera hecho.

El general Merlo era conocido por sus trajes oscuros a rayas finas, su pipa en la mano y porque no regalaba elogios así nomás. Pero el personaje que tenía frente a él era lo más parecido a otro general: José María Muñoz, a quien la mayoría del país llamaba simplemente *El Gordo*, recibió el presente del titular del EAM 78 sin sorprenderse. Al final de cuentas, ya era la milésima vez que alguien del Ejército, o de la Marina o de la Fuerza Aérea le había dicho lo mismo.

Más allá de sus campañas pro-dictadura y al margen de su estilo oficialista que lo acompañó desde su debut en la radio y hasta su muerte, Muñoz era un periodista apasionado por el deporte y nadie le podrá quitar el rótulo de principal responsable del apogeo de *LS5, Radio Rivadavia*, la de mayor audiencia durante la dictadura y, pese a ser privada, la que más empeño puso en sostener a los militares. A Muñoz no le importaba. Él mismo había creado el slogan de "la emisora del deporte en la República Argentina" y tenía la piel insensible a las acusaciones de los sectores progresistas que lo tildaban con la terminología de los futbolistas: panqueque. Cuando Perón volvió al poder, la revista *Descamisados* de los Montoneros le había dedicado un artículo y una enorme foto de Muñoz sudoroso, cambiándose la ropa empapada en el medio de una transmisión veraniega, bajo el título: "Muñoz se cambia nuevamente de camiseta".

Al Gordo nada ni nadie lo detenía. Ni su falta de cultura, ni sus peleas perdidas contra el idioma español, ni los reiterados papeles de su hijo Carlos Alberto, también periodista, al que maliciosos colegas habían bautizado por entonces "Mister Ed, el caballo que habla".

Durante más de siete años Muñoz se había preparado para un Mundial que sentía le pertenecía. En 1971, mientras viajaba a Lima

para ver la final de la Libertadores entre Universitario y Estudiantes de La Plata, armó una reunión en pleno vuelo con el entonces presidente de la AFA, Raúl D'onofrio y Aurelio Bosolino, secretario de la Comisión de Arbitros de la Confederación Sudamericana de Fútbol para que avalaran su idea: el periodismo argentino debía hacer algo para colaborar con un Mundial que por entonces tambaleaba. Muñoz sabía que el país no tenía dinero para grandes obras, que la desorganización era gigantesca y que nadie tenía un plan a largo plazo para ilusionarse con ese torneo que cada cuatro años paralizaba al mundo. Y se propuso para promocionar el Mundial: "Ustedes hagan lo que tienen que hacer. Yo me encargaré en mi radio de contar por qué la Argentina debe y puede organizar el Mundial".

*Rivadavia*, que pertenecía a un empresario radical, el "Bebe" Fernández Cortés, fue desde entonces la radio en la que nunca se puso en duda el Mundial 78 y Muñoz la voz que repetía al oído de un moribundo: "Lo haremos, lo haremos". En la lista de favores recibidos, Muñoz debió anotar la entrega por parte de los militares de un programa en el *Canal 7* que dirigía el Ejército. Todos los domingos, "Antes del Mundial", con José María.

Cuando faltaban horas para que empezara el torneo, ningún periodista extranjero permanecía indiferente frente al gordo hiperquinético que aparecía en todos lados. La red brasileña *O Globo* le puso el nombre de Muñoz a su cabina de transmisión en ATC y la televisión alemana le dedicó un programa para que en Europa se enterara cómo era que una radio del tercer mundo disponía de 120 periodistas y técnicos para un campeonato de fútbol. Muñoz mandó imprimir una carpeta de 76 páginas con instrucciones para cada uno de los empleados y los detalles de lo que tendrían que hacer en cada transmisión. Muñoz era así, tan detallista como

demagogo y tan trabajador como obsecuente. Por eso, a ninguno de sus empleados le sorprendió que la carpeta contuviera un capítulo de "Recomendaciones sobre relaciones humanas".

Si Muñoz viviera todavía estaría defendiendo lo que hizo. Nadie le escuchó jamás una autocritica. Cuando en 1985 la periodista Cristina Castello le realizó una entrevista para la revista *El Gráfico*, Muñoz seguía escapando:

-¿Por qué se le hacen reproches a raíz de su actuación durante el Mundial 78?

-Yo sostuve desde mucho antes del 78 que la Copa del Mundo debía hacerse acá, porque era una excusa para hacer cosas. Y fíjese que, al margen de los resultados, nos dejó muchas...

-Usted lo ha dicho: "adelantos en materia de comunicaciones".

-Sí, el país tuvo las comunicaciones que necesitaba, no sé si las tendríamos si no hubiera sido por el Mundial. En aquella ocasión yo trabajé sin sueldo y sin viáticos y nunca quise cobrar un peso, porque mi intención era colaborar. También fui al exterior y me empuñé en que nos conocieran para mostrar la imagen del país.

-¿No era ficción -o parcial- aquella imagen del país durante el Mundial?

-Bueno... pasaban cosas como la de los desaparecidos, pero en ese momento no se sabía que había tantos, no se conocía el número. Los periodistas extranjeros que juzgaban a través de indagaciones que hacían en otras esferas estaban al tanto de la situación, pero los demás sacaban conclusiones a partir del hecho deportivo.

-¿Recuerda aquel slogan: "Los argentinos somos derechos y humanos" promovido desde el poder?

-Sí...

-Dígame... ¿qué piensa de la tortura?



-Me parece una barbaridad, una bestialidad.

-¿Qué opina ahora del Proceso?

-Lamentablemente, me siento defraudado. Hay algunas cosas rescatables en materia de comunicaciones, pero a pesar del apoyo que los militares tuvieron en su momento, perdieron el tiempo.

-¿Usted tiene en su casa, en un lugar visible una foto suya con el ex presidente Videla?

-No.

-¿No?

-No, a la vista no porque en mi casa no me dejan, ya no hay más lugar. Tengo una foto con Videla, pero también está Menotti y la gente de la Selección Argentina.

-¿Qué piensa de la actuación de los medios de difusión durante el último gobierno militar?

-No puedo decir que fueron responsables. En cuanto a mí, yo iba atado nada más que al deporte, de manera que recién ahora me entero de ciertas cosas; los periodistas que hacen política, en cambio, estaban más enterados que yo. Yo vivía para lo mío, no tenía la experiencia de otros, no sabía...

Uno de los comentaristas de Muñoz durante el Mundial fue Julio César Calvo. Su hermana, Adriana Calvo de Laborde y su cuñado, fueron secuestrados por los militares en 1977 en la provincia de Buenos Aires. Ya en democracia, y ante las acusaciones a Muñoz, Calvo salió a defenderlo: "El Gordo sabía lo de mi hermana y me ayudó. Gracias a sus contactos con los militares yo pude rastrearla".

"No soy demagogo ni me hice rico con el Mundial", dijo Muñoz a una semana de finalizada la Copa. Pero la radio, cuyo directorio estaba presidido por un accionista que era marino y se apellidaba Talamoni, había logrado una explosión de publicidad jamás cono-

cida en su historia. Durante un año los discos de Muñoz se vendieron como caramelos y la casona que "El Gordo" tenía en el barrio de Belgrano crecía sin contemplar gastos.

Pero en los comienzos de los ochenta, todo cambiaría. Muñoz no podía caminar entre las nuevas generaciones de periodistas sin escuchar los murmullos que lo condenaban. Por mucho tiempo fue uno de los íconos de la prensa del "Proceso" y se llevó en sus oídos la eterna condena que le endilgó Hebe de Bonafini cuando la dictadura huyó tras Malvinas: "Muñoz jamás podrá mirarme a la cara".

Marcelo Araujo salió a la vereda del canal para tomar un taxi y advirtió que algo extraño ocurría. De pronto, todos los taxistas usaban corbata. For aquellos días de junio, Araujo no era una cara conocida y su trabajo en *Canal 7* no merecía mayores comentarios de los críticos. La orden del intendente Cacciatore, un brigadier que quería ingresar en la historia como el gran modernizador de Buenos Aires, se estaba cumpliendo mejor de lo que todos pensaban. Para brindar una buena imagen a los visitantes extranjeros, corbata obligatoria.

Araujo pensó en su compañero Fernando Niembro, justicialista por herencia y a quien la intervención militar en el canal lo había pedido como parte de su campaña por desperonizar las pantallas. Araujo había conseguido trabajo. Niembro daba vueltas por la ciudad mientras probaba el oficio de taxista.

El coronel Mascheroni, jefe administrativo y de seguridad del canal, había dispuesto que la escalera jerárquica de los periodistas deportivos del canal sea: Héctor Drazer el uno, Macaya Márquez el dos y Mauro Viale el tres. Drazer se lo comunicó irónicamente a Niembro y el hijo del viejo caudillo sindical pasó a buscar su indemnización. Justo él, que había formado parte hasta el golpe de

1976 de la comisión de periodistas que asesoraba sobre el Mundial, ahora veía la Copa en su casa.

Araujo, quien con el tiempo admitiría que relató partidos del Mundial sabiendo que uno de sus amigos estaba desaparecido, ganaba unos pesos extra escribiendo algunos artículos junto a Mauro Viale, en la ignota *Revista Argentina ante el Mundo* en 1978: "Fue el milagro argentino. Nadie discute que el país ganó el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 antes de que se diera el puntapié inicial. Su organización lograda contra los presagios, sorprendió al mundo (...) Los periodistas argentinos que tuvimos que convivir con nuestros colegas extranjeros durante esos días pudimos comprobar cómo en los más honestos de ellos -afortunadamente la mayoría- se disolvían los prejuicios que traían de sus países merced a la insidiosa propaganda motorizada por las organizaciones subversivas y los ingenuos de siempre (...) Después de cuatro o cinco años de sufrir una guerra sucia, la guerra desatada por la subversión, surgió la ocasión de expresar entusiasmo (...) En rigor, la tranquilidad estuvo volviendo lentamente antes del Mundial. Actualmente, los argentinos vivimos una calma maculada por las resonancias de escasos pero siempre dolorosos atentados (...) De todos modos, esa calma expectante que vive la Argentina es anterior al Mundial. Muy probablemente sin ella no podría haber habido campeonato. Pero fue durante su transcurso cuando casi mágicamente despertó en la conciencia colectiva esa necesidad de expresarse, de mostrar su unidad bajo la bandera nacional. De mostrarse patriota, en fin. También fue una manifestación de victoria (...) Quizá sea cierto, pero en los festejos del Mundial mostramos por primera vez en mucho tiempo que estamos orgullosos de ser argentinos".

En la prosa periodística de aquellos años se podían encontrar, al por mayor, pícaros textos. ¿Cuál merecería destacarse? Sin dudas la falsa carta que le adjudicaron a Rudolf Krol, el capitán del seleccionado holandés cuando empezaba el Mundial. El autor fue el periodista de *El Gráfico*, Enrique Romero, quien en su desesperación por mostrar que tenía un hallazgo a favor del país puso en boca de Krol un mensaje para la hija: "Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil de ellos. Papá está muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Esta no es la Copa del Mundo sino la Copa de la Paz. No te asustes si ves algunas fotos de la concentración con soldaditos de verde al lado nuestro. Son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen. No tengas miedo, papá está bien, tiene su muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuida, que lo protege y que de sus fusiles disparan flores. Dile a tus amiguitos la verdad. Argentina es tierra de amor. Te adoro, cuida a mamá, espérame con una sonrisa y anda pensando un nombre para la muñequita. Mi beso. Papito".

Cuando la edición de *El Gráfico* llegó al hotel Potrerillos de Mendoza donde concentraba Holanda, Krol fue el hazmerreír de toda la delegación. Pero en La Haya, varios legisladores saltaron de sus bancas al enterarse de la carta. Krol enseguida la desmintió y pidió que Romero se presentara inmediatamente en el hotel. "Justo a nosotros los holandeses nos hacés esto", le recriminó.

Romero había sido destinado por la revista a la subselección de Mendoza ya que allí había nacido. En los primeros días del Mundial llamó por teléfono a la redacción y pidió hablar con Héctor Vega Onesimo, para ofrecerle "un material interesante". Desde Buenos Aires, sus jefes le pidieron que chequeara la autenticidad de la firma y el

periodista juró que era real. Se la publicaron. "Con el escándalo encima, incluyendo una protesta del embajador holandés en la Argentina y la amenaza del equipo de retirarse del Mundial, la cuestión se solucionó con una conferencia de prensa en la que Krol desmintió la carta", aclara hoy Vega Onesimo<sup>4</sup>. A tono con los silencios de aquellos días, la mayoría de los medios ocultó el episodio.

Para Carlos Ares, ex compañero de Romero y de Vega Onesimo, el misterio de lo ocurrido con aquella carta aún no se ha develado: "Nunca pude explicarme cómo lo de la carta de Krol no terminó en un escándalo internacional. Lo llamativo del tema no sólo era que *El Gráfico* no hubiese publicado una desmentida sino que los medios extranjeros casi ni se ocupaban del tema. Si esto se hubiese publicado hoy sería una vergüenza gigantesca. Creo que Romero lo hizo por sus características personales. El era corresponsal en Mendoza y quería hacer méritos para llegar alguna vez a la redacción porteña de *El Gráfico*. Era un tipo especial; era actor y recuerdo que tenía aspiraciones de ser una estrella"<sup>5</sup>.

Luego de la carta, Romero pidió disculpas y prometió que haría una nota en el número siguiente en la que Krol sólo hablaría de fútbol. En 1979, *El Gráfico* publicaría otra entrevista de Romero a Krol realizando un balance del Mundial. Krol nuevamente hablaría del juego, no de política. Romero aseguró, hasta el día de su muerte, que Krol había sido presionado desde Holanda: "La carta la escribí yo, pero se la leí a Krol y él estuvo de acuerdo". Krol siempre lo desmintió: "Fue indigno, artero y cobarde. Jamás escribí eso".

Todos los periodistas parecían iguales. Los relatores hablaban de lo mismo, los que escribían usaban los mismos verbos, los fotógrafa-

fos tomaban las mismas fotos. Alguien podría preguntarse si no existía un acuerdo básico entre los dueños de los medios y los periodistas para idiotizar el mensaje. Algo muy parecido a la prensa kitsch soviética. Sólo en esa línea de razonamiento se entiende la reiteración de aquel género de "Carta abierta a...", usado para conmover a los periodistas extranjeros o para contestarle a los exiliados argentinos. Las cartas abiertas abundaban en diarios y revistas y por supuesto eran leídas a la mañana por los conductores de programas de radio como "textos maravillosos".

En Gente del 11 de mayo de 1978, la carta fue para un "argentino que vive afuera": "Inviá a cualquiera de tus amigos -decía- que elija cualquier dirección en cualquier guía y escriba preguntando sobre la realidad argentina y te puedo anticipar las respuestas. Una realidad difícil, pero sin esa fantasía terrorífica con que el mundo quiere hablar de nosotros. Se habla de represión, de terror en las calles y todo eso indigna, por eso debés comenzar vos mismo a hacer la campaña contra la propaganda antiargentina".

Sin embargo una carta tuvo contracarta. Diez días antes del final del Mundial alguien dejó un sobre en Corrientes 1302 a nombre de la revista *La Serrana*. Contenía dos hojas escritas a máquinas y firmadas con el seudónimo "La Verdad".

"La Verdad" le respondía a un también anónimo "Periodista Argentino" que en el número anterior de la revista de los Pontevrechia había publicado una "Carta abierta a un periodista europeo". "La Verdad" estaba indignada: "Quedo sorprendido al ver que hay gente en este país, que desconoce lo que es la triste realidad. Si señor redactor. Existen campos de concentración atroces- de los que pocos saldrán con vida, existen torturas, existen violaciones a mujeres, existen secuestros, asesinatos y atrocidades por miles de casos. Sáquese la venda, destape sus oídos y no espere que algo

que tenga que ver y crear, no lo tenga que llegar a experimentar por propia experiencia y en uno de sus familiares. Límpiase la boca y toda la infamia que ha verido en ese repugnante detalle que viene en una carta abierta y escriba LA VERDAD".

Nadie supo jamás quién había sido "La Verdad". Jorge Pontevrechia era el director y fundador de la revista *La Serrana* que editaba la editorial Perfil y cuyo socio era su padre. Por entonces, el nene de papá comandaba una publicación que llevaba dos años de antigüedad y que aún no lograba hacerle sombra a los dinosaurios semanales de Atlántida y Abril. A los veintitrés años, "Jorgito" escribía editoriales sin pisar las canchas. El fútbol era para él un deporte muy lejano. Pero el Mundial era el Mundial. Y Pontevrechia, mucho antes de su metamorfosis, era otro de los empresarios-periodistas plenamente convencidos de que la junta militar era lo mejor que le había ocurrido al país. Cuando le tocó resolver qué imagen usaría en la tapa de *La Serrana* que celebraría el triunfo argentino no eligió rostros de futbolistas, usó la cara de Videla. Luego se sentó a escribir: "Al final del día domingo 25 de junio mi cuadro médico era el siguiente, hipertensión, disfonía, taquicardia, jaqueca y fatiga física. Al apoyar la cabeza en la almohada (un lunes entrado en horas y sólo pocas antes de escribir esta carta editorial) sentí una sensación de relax total. Algo así como estar en el paraíso. Tuve uno de los más plácidos y felices sueños de los últimos tiempos. Me levanté dos horas después. Estaba totalmente descansado. Me sentí distinto, mejor. Como si dejara atrás toda una época de la Argentina. Como si a partir de ahora, todo fuera a ser mejor... Había una vez un país sudamericano que había sido líder de su región. Pero, poco a poco, las cosas le fueron saliendo mal. Sus habitantes se acostumbraron a la derrota hasta casi considerarla natural. De pronto un importante triunfo deportivo destruyó la con-

ciencia perdedora. A partir de ese momento, el país comenzó a ser lo que había sido".

La historia aún no escrita del rol que cumplieron los periodistas argentinos ayudará a revelar los detalles de lo que ya no es tanto misterio: ¿Sabían o no sabían lo que pasaba?

Cada día hay más testimonios y pruebas de cuántas denuncias circulaban, cuántas se tiraban al cesto y cuántas se publicaban en las secciones "Política". Entonces, es válido preguntarse como Milan Kundera: "¿es inocente el hombre cuándo no sabe?"

James Neilson, el mismo de los audaces comentarios en el *Herald*, es hoy empleado de Fontecchia. "¿Por qué no protestaban los periodistas argentinos contra lo que ocurría?", se interrogó en 1996 el periodista inglés que se radicó en la Argentina. Y ensayó una respuesta: "Creo que para los argentinos la muerte era un hecho natural... la dictadura le parecía natural. No había una cultura democrática".<sup>6</sup>

No podía pensar otra cosa. El repaso de cada revista, cada diario, cada cable de las agencias de entonces le daba la razón: "Argentina ya ganó" tituló el semanario *Siete Días* el 22 de junio. "Veinticinco millones de argentinos ya ganamos el Mundial: en organización, en hidalguía, en hospitalidad, en unión, en hermandad... y en mostrar nuestra límpida imagen al resto del mundo".

El propio Andrés Cascioli, director de la revista *Humor* que salió a la calle pocos días antes del Mundial, lo reconocería tiempo después: "El primer número de la revista fue livianito". Una calificación de los censores de "exhibición limitada" obligó a los editores de *Humor* a enfundar la revista con un plástico. Las revistas de humor político estaban casi terminadas en 1978. El cierre de *Satiricón* en marzo de 1976 por los militares desarticuló a una

generación de dibujantes y guionistas.

"En cuanto salga algo parecido a *Satiricón* o *Chaupinela*, muere", le dijo el general Albano Harguindeguy a Landrú, el humorista del diario *Clarín* y director de *Tía Vicenta*, la única revista sobreviviente de entonces.

El viejo elenco de *Satiricón*, muchos de cuyos integrantes formaban parte de la redacción inicial de *Humor*, miraban con desconfianza a *Tía Vicenta*. Sabían de las reuniones de Landrú con el ministro del Interior Harguindeguy y con Massera, y que pedía permiso para publicar algunas tapas. A horas del lanzamiento de *Humor*, Cascioli no se imaginaba que en los años posteriores su revista sería un cable a tierra frente a tanto espanto periodístico de la dictadura.

Fese a la enorme autocensura inicial, *Humor* sería distinta. Cuando los sorprendidos lectores vieron el número uno en los quioscos bajo el rótulo de "exhibición limitada" y la caricatura de Menotti pensaron que a los militares se les había perdido la lupa. Si bien no tenía artículos irritantes, su tapa, en ácida referencia al Mundial, marcaría la característica de los números siguientes: el manejo sagaz de las entrelíneas. En el debut, funcionó a la perfección en la tapa. Las gigantescas orejas de Menotti no eran otras que las del ministro de Economía, Martínez de Hoz, y la frase puesta en boca del técnico tenía doble lectura: "El Mundial se hace, cueste lo que cueste". Para matizar, en las primeras páginas se podía leer un anticipo del que graciosamente imaginaban como el partido final: Irán-Tunez. La tirada inicial de cuarenta mil ejemplares tuvo una devolución del cincuenta por ciento.

*Humor* no fue la expresión de prensa valiente que algún extranjero pensaba encontrar. Sin embargo, no existió nada más próximo en la prensa nacional. Cascioli no sólo sabía de sus limitaciones,

También debió recorrer despachos oficiales para mendigar clemencia. Cuando su revista llevaba quince días en la calle se lo vio en las oficinas de un burócrata de apellido Altamirano, a quien el brigadier Cacchiatore, intendente de Buenos Aires, había puesto al frente del Departamento Municipal de Moralidad. Después de escuchar sermones sobre lo mal que le hacía a los menores las revistas humorísticas que atravesaban la línea de la audacia, recibió la venia para el segundo número, posterior al Mundial, mucho más liviano que el primero.

Fue recién en 1981 que algunos argentinos supieron con exactitud qué habían hecho los militares con Jacobo Timermann. El ex director de *La Opinión*, después de dos años en las prisiones de la dictadura (1977 a 1979) publicó, en el exterior, el libro "Preso sin nombre, celda sin número", y su caso ocupó nuevamente algunas páginas en los diarios.

Timerman pasó los días del Mundial en su casa, bajo detención domiciliaria, y nunca perdonó a sus colegas ni a los principales dueños de los medios que no hubiesen aprovechado la presencia de centenares de cronistas extranjeros para levantar la voz por su libertad. En sus conversaciones con familiares, reconocía que el miedo se había metido en los huesos de los periodistas y recordaba aquellas noches cuando, pocos meses después del golpe, varios de los integrantes de su redacción rogaban hacia adentro que *La Opinión* interrumpiera su salida o fuera clausurada antes de que sus artículos salieran a la calle con la firma al pie.

Curioso caso el de *La Opinión*. Fese a que Timerman había apoyado a Videla y que, desde la centrozquierda, también estaba vencido del mesianismo militar, el diario que dirigía y el *Herald*, habían sido los únicos que, en alguna medida, se ocuparon de las violaciones a los Derechos Humanos.

Pero contradictoriamente, y hasta semanas antes de su detención, Timerman cayó en la estupidez de cuidar la "imagen argentina en el exterior".

*La Opinión* fue tomada por representantes del Ejército luego de la intervención decretada en mayo de 1977, cuando la dictadura detuvo a Timerman. Un general de brigada y luego un coronel se hicieron cargo de la empresa y nombraron como director a Luis Clur, quien llevaba cuatro años en el diario y que en los 90 se haría famoso cuando, al recibir los Martín Fierro por el noticiero de *Canal 13*, acuñara la frase: "Cuando se enciende la luz roja se terminan las mentiras".

Jamás se sabrá cuál hubiese sido el comportamiento de Timerman de haber estado al frente de *La Opinión* durante el Mundial. Su matutino, hasta la madrugada en que veinte civiles lo arrancaron de su casa en abril de 1977 creyendo que era Satanás, era el medio en español que en mayor número tomaba las denuncias de los familiares de los detenidos-desaparecidos.

A Luis Clur, en cambio, le tocó obedecer. El giro de *La Opinión* fue tal, que en los días de la Copa del Mundo los lectores más fieles se asombraron con el título de una columna del escritor Abelardo Castillo, contratado especialmente para comentar el campeonato: "Una imagen corrompida infama al pueblo". Castillo contaba una entrevista que le realizó una periodista sueca en los primeros días de junio del 78 y en la que no faltó la pregunta sobre utilización de la alegría del pueblo para combatir la campaña de los europeos contra la dictadura: "Le hice notar que hay cosas que no se ven, pero que en efecto la imagen era falsa. Más que falsa, corrompida, injuriosa no para un país abstracto. Argentina sino para su pueblo, para los hombres de carne y hueso que, en las buenas y en las malas son un país... En cuanto a la alegría yo prefiero ver gritando

y riendo a mi gente por las calles que verías como esperaban verlas los que infaman, no a un gobierno o a un país abstracto: a un pueblo entero que hoy más que nunca necesita alegría".

La línea que los interventores le impusieron a Clur fue no publicar sobre derechos humanos –inmediatamente se eliminó la sección Habeas Corpus– y tomar al Mundial 78 como una causa nacional. Para esta última tarea reservaron a un pura sangre educado en la escuela de José María Muñoz: el muchacho tenía seudónimo, Mauro Viale.

### Notas

- 1 Entrevista con el autor, noviembre de 2002.
- 2 "Argentina en los Mundiales", de Sergio Ferraro, Edil. Sudamericana, página 107.
- 3 "El terror y la gloria", de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano. Ediciones Norma.
- 4 Entrevista del autor a Héctor Vega Onesimo, abril de 2003.
- 5 Entrevista del autor a Carlos Ares, marzo de 2005.
- 6 James Neilson, En tiempo de oscuridad, pág. 12.